



"Los lunes de El Imparcial" 4-191
Madrid, 24 julio 1916
00-IV-6-21-24

Huitzilipotzi y Chimalpopoca

Huitzilipotzi era el dios de la guerra, Marte de los antiguos aztecas de Méjico. Su templo o *teocalli* se alzaba en la capital del Anahuac, en el Méjico precolombino, en el sitio mismo donde luego los españoles que llevó Hernán Cortés levantaron la catedral católica, dedicada a San Francisco.

Hablando de los dioses de los antiguos aztecas, Prescott en su «Conquista de Méjico» —donde recogió y concinó los datos de nuestros historiadores de Indias— dice así: «La cabeza de todos ellos estaba el terrible Huitzilipotzi, el Marte mejicano; aunque sea inferir una injusticia al heroico dios de la guerra de la antigüedad al identificarlo con este sanguinario monstruo. Era la deidad patronal de la nación. Su fantástica imagen estaba cargada de costosos ornamentos. Sus templos eran lo más suntuoso y augusto de los edificios públicos, y olían sus altares con la sangre de humanas hecatombes en cada ciudad del Imperio. La verdad es que tuvo que haber sido desastrosa la influencia de semejante superstición sobre el carácter del pueblo.»

Este dios terrible nació, según creían, de una devota mujer que al acudir al templo un día vió flotar en los aires una pelota de plumas de brillantes colores, la tomó y apocchugó en su seno, y viéndose luego encinta dió al mundo mejicano la terrible deidad que llegó a él como Minerva, armada del todo, espada en la diestra, escudo en la siniestra y cresta de plumas verdes sobre la cabeza.

Respecto a la otra vida, que no es sino la sombra de ésta, proyectada al infinito, los antiguos aztecas, según Prescott, imaginaban tres separados estados de existencia en la vida futura. Los malos, comprendiendo a la mayor parte de la Humanidad, tenían que expiar sus pecados en un lugar de eternas tinieblas. Otra clase, sin otro mérito que el de haberse muerto de ciertas enfermedades caprichosamente elegidas, habían de gozar una negativa existencia de indolente contento. El lugar más alto se reservaba, como en las más belicosas naciones, para los héroes que caían en la batalla o en el sacrificio. Pasaban de una vez a presencia del Sol, a quien acompañaban con cantos y danzas corelas en su brillante marcha por los cielos, y después de algunos años iban sus espíritus a animar las nubes y los pájaros cantores de brillante plumaje y a regodearse entre las ricas florestas y perfumes de los jardines del paraíso.

Al monstruoso Huitzilipotzi se le ofrendaban, como es natural, sacrificios humanos, sobre todo cuando un nuevo Monarca se sentaba en el trono del Imperio azteca. Antes proveíanse de cautivos de guerra, rodeados de los cuales hacían su entrada en la capital, coronándose el nuevo Emperador con el la sangre de las víctimas humanas. Dice que este rito de los sacrificios humanos no lo adoptaron los aztecas hasta principios del siglo XV, unos doscientos años antes de la conquista española, que al principio fueron raros, extendiéndose luego a que al fin

ciado con el agudo...
durable—dura piedra volcánica—y, metiendo la mano en la herida, sacábale, palpitante aún, el corazón, lo blandía hacia el Sol y lo echaba luego a los pies del monstruo, mientras, postrada, la muchedumbre adoraba. Así fueron más de una vez sacrificados españoles prisioneros de guerra, como puede leerse en nuestros historiadores de la conquista de Méjico.

Ni podían quejarse demasiado de aquella bárbara—bárbara más que salvaje—ceremonia los que habían, en su propia patria, establecido el Santo Tribunal de la Inquisición y sus quemaderos. Y dícese aquí que la ceremonia es más bien bárbara que salvaje porque el salvaje mata a la buena de Dios, sin liturgia, mientras que el bárbaro hace de la matanza un rito solemne.

Los pobres cautivos que eran sacrificados a la sanguinaria voracidad de Huitzilipotzi lo eran, claro está, contra su voluntad; pero esto no quiere decir que no hubiese víctimas voluntarias. Las había. Todos los Huitzilipotzlis de los Imperios todos y no sólo el del azteca, cuentan en su mística haber de sacrificios humanos con víctimas voluntarias. «Estimábase que el sacrificio humano no degradaba a la víctima—escribe Prescott—, sino que más bien la ennoblecía dedicándola a los dioses. Aunque tan terrible entre los aztecas—añade—, aceptábanlo a veces voluntariamente, lo que les abría una segura entrada en el paraíso.» Chimalpopoca, tercer Rey de Méjico, se condenó a sí mismo, con algunos de sus grandes, a la muerte para limpiar así, con sangre, una afrenta de un Monarca hermano. No muy de otro modo solían los japoneses abrirse el vientre ante alguno que les hubiese afrentado.

¿Fue un héroe Chimalpopoca? ¿Fue un devoto creyente? ¿Admiraremos su valor ante la muerte que se recibe en plena salud y con entera conciencia? ¿Admiraremos su fe? Porque la fe en Huitzilipotzi es una fe también. Como lo es la que se puede tener en Iuzbel o en Belcebú o en Mefistófeles y hasta en Pedro Botero. Y toda fe hace milagros. ¿Diremos de Chimalpopoca lo que el piadosísimo padre Croisset dice al acabar el relato de la formidable vida de San Simeón Estilita, y es que su vida es más para admirarla que para imitarse? En cambio, la divina vida del Cristo, con su sacrificio voluntario, se nos da para imitación. ¿Y cabe admirar lo que se declara que no debe ser imitado?

Sí; hay quienes, como Chimalpopoca, se sacrifican voluntariamente a un Huitzilipotzi cualquiera, y acaso sin la esperanza de ir a bailar y cantar en rodeo al Sol o encarnar en canoros pájaros de deslumbrante plumaje para regodearse de luz y de música en las perfumadas florestas del último paraíso.

¿Era religión la de aquel Huitzilipotzi fusteador de sanera? No, no lo era, sino superstición. Y su culto no era culto, esto es, servicio y ministerio espiritual, sino liturgia, pura liturgia, bárbara, sanguinaria y feroz liturgia. Porque la liturgia es el culto lo que la superstición a la religión: una es erraja, un pose, una saborra, o lo que un limón estrujado de su jugo.

Huitzilipotzi era un dios oficial del Imperio azteca, y se encuentra quienes sostienen que no tiene el individuo—el salafico ya dicen, emborrachado de personalidad, que no es más que soberbia—que el individuo—que no es, según Natorp, más que una abstrac-

IDAD ANCA
ALES



ción, como el átomo—, no tiene derecho a oponerse, a fuero de sus ideas, a las creencias y a los sentimientos de los demás con sus liturgias consecutivas. Es decir, que al someterse el individuo a la colectividad ha de someterse también a los dioses de ella, aunque su pensamiento sea más espacioso que el de la masa. Se encuentra quien así piensa. Y piensa así por no pensar y para no pensar.

Uno de esos que defienden cualquier superstición y liturgia colectivas, hasta las de los Huitzilpotzlis, me dijo hace poco aquello de: «Contra un padre no hay razón» Y le contesté que sí, que puede haber razón contra un padre y contra una madre y contra una patria, y que la justicia, que es la razón práctica, está sobre la patria, y que si yo tengo limpia y firme conciencia de que mi patria se lanza a una aventura injusta no debo secundarla ni servirla. Porque una cosa es ser hijo de una patria, y otra ser siervo de una nación. Y la nación puede no ser madre, ni ser madrastra, y sí sólo capitana.

No; no se puede admirar a Chimalpopoca porque no se debe imitarle. No todos los sacrificios son admirables. Ni son martirios todos aquellos a que así se llama. Si mártir quiere decir testigo, y martirio testimonio, hay que ver qué es lo que atestigua el testigo en su sacrificio. Puede no atestiguar más que su propia insensibilidad o su propia estupididad. Hay quien se deja matar de puro muerto espiritualmente. O acaso por una tremenda voluptuosidad de muerte. Si es que lo por darse en espectáculo. ¿No habéis oído de aquel que se suicidó en Buenos Aires para que su retrato saliera, como salió, en el semanario *Caras y Caretas*?

Hay otro problema, y es si Huitzilpotzli hace los Chimalpopocas y si son los Chimalpopocas los que hacen a Huitzilpotzli, sin necesidad de que la pelotilla de brillantes plumas vaya al seno de la devota madre. El hombre, dicen, necesita a quién sacrificarse. Tal vez; pero que se sacrifique a sí mismo, a su yo más profundo, a Dios, que habita dentro de cada uno de nosotros, y no en la colectividad, y que espaciando su pensamiento logre poner su conciencia como medida de la justicia de la patria.

Sobre las ruinas del «teocalli» de Huitzilpotzli, de la ensangrentada pirámide, levantaron los españoles la catedral de Méjico, consagrada al dulce y puro Serafín de Asís. Pero Huitzilpotzli no ha muerto, ni allí ni aquí, y por debajo de nuestros templos incuban, como la brasa bajo las navesas y la ceniza, sus llamas vividas. Y de cuando en cuando provoca terremotos. Entonces aparecen los trágicos Chimalpopocas bárbaros.

Miguel de UNAMUNO

LEONARDO QUINONES DE LEÓN

